

La crónica fantasma

Por Andrés Albert

A 20 kilómetros al este de Humberstone se encontraba “Esmeralda”, un pequeño pueblo que en la dorada época del salitre chileno albergó a familias que trabajaban en las grandes salitreras de Iquique, donde llegaron a vivir poco más de 200 personas, el lugar poseía bar propio, enfermería, una pequeña escuela, un banco donde sus pocos habitantes realizaban sus labores diarias, así como también se encontraba una oficina de correos que se enlazaba con las centrales de Humberstone y Santa Lucía. Dejó de albergar residentes cuando ambas salitreras vieron disminuida su producción y, por tanto, también se vio disminuida la cantidad de trabajadores, por lo que desde 1940 empezaron a emigrar las primeras familias, y ya en 1960 cuando cerraron definitivamente ambas plantas, el pueblo quedó completamente abandonado y olvidado por varios libros de historia.

Esta es la reseña que el cronista de uno de los diarios más importantes del país encontró en un foro oficial del Gobierno de Chile en Internet, pensaba que este pueblo olvidado de más de 50 años ubicado en medio de la nada podría ser la nueva historia que aparecería en la portada del periódico el fin de semana.

—Podría contar nuevos aspectos de la vida en esa época, incluso descubrir historias de vida olvidadas— se decía, mientras saboreaba su café del lunes a sabiendas de la ya conocida historia de Humberstone y Santa Lucía, y viendo esta oportunidad, algo que contar podría verse escondido en los viejos tablones de las casas abandonadas y en los registros del banco y la oficina de correos de Esmeralda. Solo faltaba el sí de su editor, algo difícil, considerando la posibilidad de que familiares de quienes hayan vivido allí, ya no existan, sumado al coste económico de viajar al norte del país.

El cronista salió con tiempo como de costumbre de su edificio en Santiago Centro, el cual goteaba de la angustiosa lluvia de junio, el diario solo estaba a cuatro cuadras, por lo que llegó con tiempo para su reunión de pauta que comenzaba a las

9:00. Una vez adentro saludó a sus colegas, y el jefe llegó con el diario de la competencia bajo el brazo, recién entregado por un joven en bicicleta.

—Nos la ganaron— se quejaba, el diario rival sacó la última exclusiva que narraba como un grupo de congresistas pagaban a terceros para difundir noticias falsas, en vista la próxima elección de parlamentarios que sería en unas semanas. —Quiero que todos investiguen al menos tres aristas del caso, si tienen algo mejor hángamelo saber ahora— masculló mostrando una temprana impaciencia.

—Yo tengo unos datos, que te puedo contar después— agregó Sofía, colega que llegó hace poco desde un canal de televisión, lugar donde se llenó de contactos en el gobierno y en el fuero político del país.

—Perfecto de ahí hablamos— afirmó el jefe mostrando una cierta aprobación.

Luego, otros colegas entregaron sus propuestas tanto para el día como para la semana, la mayoría eran coletazos políticos derivados, lo cual es importante, pero que contrastaba con temas banales que se venden como pan caliente, como la importancia de tener un buen abanico de Redes Sociales actualizado, las vacaciones de invierno perfectas o ¿Cómo comer sopaipillas sin engordar este invierno?

Mientras el cronista pensaba eso, su jefe lo nombró y le preguntó que tenía para esta semana, a continuación, el redactor empezó a describir esta historia que encontró en línea y la que tiene pocos registros, enfatizó en la idea de dar a conocer este pueblo olvidado.

—Me gusta, ojalá te resulte— le susurró Javiera mientras corría su pelo colorín por detrás de su oreja, dejando mostrar un aro azul que combinaba con su blazer del mismo color.

Si bien algunos colegas se asombraban dado al desconocimiento del lugar, otros simplemente no le veían lo importante que pudiera ser este tema.

—Es un pueblito en medio de la nada, a nadie le va a importar. Hasta el precio de las legumbres importa más —dijo Pedro, se oyeron algunas risas que contrastaban

con la seria mirada del jefe quien le dio el visto bueno a nuestro cronista. Después de la reunión le compró los pasajes, le dio dinero para alojamiento en Iquique e incluso le dio un amplio plazo de dos semanas para escribir su historia, en caso de que surgieran nuevas interrogantes en el descubrimiento. Agradecido el cronista le prometió que no le fallaría y arribó al Aeropuerto Arturo Merino Benítez a las 7 A.M del día siguiente con destino a Iquique.

Luego de dos horas de vuelo, el avión aterrizó en el aeropuerto iquiqueño a las 9:25 de un martes, bostezando, el cronista tomó sus maletas y quedó de verse en el mismo terminal con Alex Rojas, un viejo amigo de la zona pero que curiosamente nunca oyó de Esmeralda, solamente ubicaba la calle de obvio nombre derivado del heroico buque de la Guerra del Pacífico.

— ¡Hola amigo! Déjame ayudarte con eso, *andai* cargado— bromeó Alex, vestía una polera de pique y unos jeans, ya que hacían unos agradables 20° grados en la ciudad, guardó la maleta y el bolso de mano del cronista que esperaba quedarse al menos tres días, cargando en su maleta, ropa, su notebook de trabajo y una cámara para fotografiar las reliquias que encontraría en Esmeralda. Alex lo dejó en el hotel con vistas al mar y acordaron almorzar más tarde, por lo que en la mañana el cronista descansó y preparó sus cosas para ir a Esmeralda mañana a primera hora.

Los viejos amigos almorzaron una rica albacora con puré acompañada de un vino, hablaron de sus épocas de niño cuando eran compañeros de un colegio capitalino y se actualizaron con respecto a sus vidas, Alex trabajaba en la empresa familiar de autos que quedaba a los pies de uno de los cerros.

—Así que buscas un pueblo del que se sabe poco y nada...vas a tener éxito te conozco y sé que encontrarás este lugar— animó Alex a su amigo.

— ¿No conoces a nadie que haya hablado de él alguna vez? ¿No conoces a nadie que sea conocido de algún descendiente de familiares de Esmeralda? — preguntó el cronista frunciendo el ceño.

—No amigo, nada de nada, pero si te sirve de consuelo te puedo acompañar mañana al lugar, tengo día libre y podemos ir en la camioneta 4X4 que tengo, se nos hará más fácil cruzar el desierto si se acaba el camino— dijo animosamente Alex, ofreciendo su ayuda para esta travesía. El cronista le dio las gracias y se fue a descansar no sin antes preguntar como buen reportero a cada persona que se veía iquiqueña en el hotel, la mayoría trabajadores de este, para su mala suerte, nadie había escuchado o conocido el lugar.

El cronista y Alex salieron antes de que el sol se asomara por los gigantescos muros de arena de Iquique, el reportero llevaba consigo un mapa con la ubicación de Esmeralda marcada con una X con color rojo, el viaje duraría al menos una media hora. En la ciudad vieron a las primeras personas circulando, los dueños de los negocios que se disponían para deslizar sus portones y atender al público, algunos le hacían señas a Alex ya que todos conocen a su padre, en plena carretera vieron los monstruosos camiones que llevan cobre y otros minerales emprendiendo sus rutas diarias, cada vez estaba más cerca Esmeralda.

Con el sol emergente, la camioneta llegó a una entrada de un alambrado donde se veía hacia el fondo un camino que conducía unas viejas casas de madera, antes de entrar ambos amigos acordaron que el iquiqueño se quedaría en la 4X4 por seguridad, nunca se sabe si un grupo de delincuentes se podrían aparecer y los dejarían a ambos a la merced del desierto, no pasaba ningún auto a esa hora.

El cronista bajó de la 4X4 con su cámara y llevaba consigo una grabadora en uno de los bolsillos de su chaqueta, la cual estaba grabando para que así el escritor narrase todo lo que ve para poder escribir su historia, saltó la barrera de alambres y emprendió su rumbo por el viejo sendero, caminó unos 5 minutos y llegó a ver algo sacado de una película western, un gran letrero de madera decía:

ESMERALDA, POBLACIÓN: 204 PERSONAS

El pueblo olvidado estaba al fin ante sus ojos, el banco, la central de correos incluso la cantina estaba allí, se apresuró a recorrer los recovecos de lugar: en la cantina

se hallaban viejas botellas quebradas y aún quedaban los asientos pegados a la barra, estaba como si recién hubiesen cerrado, aprovechó de sacar fotos con la cámara, también encontró pedazos de periódicos que databan de la última vez que el lugar fue habitado, finales de 1960.

Siguió explorando, la mayoría de las casas de madera tenían sus vidrios rotos, tenían pocos muebles y no encontró ninguna foto familiar o pertenencias de sus habitantes, se apresuró a ir a la central de correos, la cual, para su infortunio, estaba vacía, así como también lo estaban los cajones de correspondencia que solo acumulaban polvo y un pequeño nido de arañas.

El cornista mientras más veía y hurgaba en el pueblo no hallaba nada, todo estaba tal cual quedó, no había rastro de nada ni de nadie, es como si el pueblo se hubiese mezclado con el desierto, registró en su cámara lo poco que había, la escuela evocaba a la famosa sala de clases de Humberstone, solo había pupitres ordenados esperando a una clase que nunca más llegó y el pizarrón limpio, sin marcas de tiza.

Salió hacia la calle principal, se sentó en un banco vacío, suspirando, preguntándose ¿Qué le diría a su jefe? Gastó dinero y tiempo en un viaje inservible, sin novedad, ni historias que contar, hasta que tomó un pedazo de periódico que el viento nortino trajo hasta sus pies, lo tomó y de inmediato sintió algo raro, el papel se sentía nuevo, como si no datara de más de 50 años, pese a que las fechas decían lo contrario. Se sentía observado, sin darse cuenta ya habían pasado tres horas desde que llegó al lugar, de pronto vio hacia el lado contrario al cual entró dos vehículos verdes acercándose, guardó todo y temió lo peor.

—Hasta aquí llegué. — suspiró mientras seis carabineros bajaban de los vehículos.

—Señor, me temo que debemos detenerlo por ingresar a propiedad privada que está siendo investigada— dijo el teniente Suárez, apellido que se leía en su camisa.

El cronista preguntó confundido que ocurría, ante la insistencia de los uniformados por saber cómo logró llegar al lugar, este les contó cómo encontró el lugar en un

sitio de Internet con la descripción del pueblo y cómo valdría la pena contar la historia de este.

Me temo señor, que este lugar no es más que una fachada— dijo seriamente el carabinero sacándose los lentes de sol.

— ¿A qué se refiere? — dijo perplejo el cronista.

—Esmeralda no existe, este lugar fue creado hace poco por desconocido que están siendo investigados y que tienen nexos con los parlamentarios que difundieron noticias falsas, me imagino que usted siendo periodista escuchó esa historia.

No lo podría creer, el cronista se había convertido de pronto en una víctima más de los honorables que crearon falsedades, si bien vio el lado negativo a primeras, se relajó pensó en que quizás podría ocurrir lo contrario. Podría investigar y contar a la opinión pública cómo se desarrolló la invención de este pueblo para hacer caer a los curiosos, pero así omitiría que él también fue víctima de los congresistas lo cual lo haría quedar mal consigo mismo.

— ¿Puedo hacer mi trabajo y contar cómo se desarrolló esto? — preguntó un poco temeroso y con ansiedad.

Me temo que no joven— dijo a secas el carabinero— esto todavía es parte de una investigación y tenemos órdenes de vigilar este lugar y que nadie pueda contar lo que ocurre aquí, así que saque sus dispositivos y borre todo lo que registró.

— ¿Me está amenazando? —dijo incómodo el reportero.

—No joven, haga lo que le digo, nadie debe saber de este lugar, borre todo y váyase con su amigo, dígame que no vio nada ni a nadie, así mantendrá la evidencia a salvo.

— ¿A salvo? ¿De qué? De que nadie se entere de lo que ocurre aquí, dígame ¿Soy el único que ha llegado hasta aquí?

—Me temo que no, solo han llegado curiosos, y uno que otro borracho que viene a curarse acá, nadie sabe ni sabrá de este lugar— los otros policías registraban toda la conversación y se contactaban con sus jefes.

—Entonces tendré que irme— dijo sin esperanza el cronista.

—Es lo mejor para todos, asegúrese también de no contarle nada a su jefe ni a nadie de su diario, sabemos dónde trabaja usted, por cierto.

—Ya veo, hasta luego señor— el cronista le dio la mano firme al teniente Suárez, tomó sus cosas y se marchó por el camino demarcado de vuelta a la 4X4. Se cerraron las puertas de los vehículos verdes y se marcharon dejando una gran estela de arena.

De vuelta se encontró a Alex durmiendo, después de varios intentos logró despertarlo.

— ¡Buena compadre! Y... ¿Encontraste algo interesante? — preguntó exaltado el nortino, no sin antes dar un largo bostezo.

—Me temo que no amigo— dijo el cronista con una risita nerviosa, no supo que decirle, temía estar siendo espiado o que, si le contara algo, su amigo sufriría las consecuencias, le podrían cerrar su negocio, pensó.

— Que lata amigo, ojalá puedas encontrar algo.

—No lo creo, me iré mañana.

—Te voy a dejar mañana.

Los amigos se despidieron con un abrazo en el aeropuerto, el cronista abordó el avión bien temprano para llegar en la tarde a Santiago, no le contó nada a nadie, ni siquiera le actualizó a su jefe ni a sus colegas como iba su investigación, a sabiendas de las posibles consecuencias que tendría contar lo que vio, sabía que tenía un deber con su profesión y con los lectores.

Llegado el día, tocó la puerta del despacho de su jefe.

—Pase joven ¿Cómo le fue? — preguntó su jefe.

No supo que decirle, no quedó de otra que explicarle que solo era un pueblo abandonado sin más, que no había historia, no había rostros, ni nada que contar, solo un conjunto de viejas tablas apiladas desgastándose en el desierto, a la espera de ser enterradas para siempre en la arena.

— Me lo imaginaba, pero si hay alguna cosa que te llamara la atención no dudes en contarme.

El cronista simplemente le repitió lo mismo, el jefe mostrando un rostro preocupado y algo decepcionado le pidió que descansara y que pensara la próxima semana en otra historia.

A la salida se topó con Javiera, ella amablemente lo invitó a un café. Al cronista le pareció raro que de primeras no le haya preguntado como le fue con su historia.

Salieron del edificio hacia el café que se encontraba al frente, una vez salieron los envolvió el frío ambiente que trae la lluvia santiaguina, se sentaron y a la espera de sus cafés ella inició la conversación.

—Me enteré de cómo te fue en el norte, que mal que no hayas encontrado más que arena— dijo la reportera, al cronista le llamaba la atención ya que nadie más que su jefe supo cómo le fue.

—Son gafes del oficio— ríe el cronista, fingiendo despreocupación— a todos nos ha pasado que un tema o historia que buscamos no resulta.

—Si, pero igual la historia se veía interesante— dijo tratando de consolarlo.

De pronto la pelirroja se acercó al cronista, como si le fuese a dar un abrazo y colocó una nota en su abrigo, para no generar sospechas se acercó más y lo abrazó, lo que ruborizó al cronista, que sorprendido le susurró— ¿Qué haces?

Ella respondió que lo leyera en su casa, la nota era importante.

Una vez en casa, el cronista abrió el sobre, en él Javiera le explicaba que sabía sobre el montaje y puesta en escena que se colocó en el desierto, puesto que una

“alta fuente cercana a uno de los congresistas” le contó que se hizo para que algún periodista ingenuo cayera en la trampa y quedara expuesto. Al final de la nota se leía:

VEME EN EL TECHO A LAS 20 HORAS.

Eran las 19:55, el cronista se apresuró a subir las escaleras de su edificio y llegó al techo, aparecieron nubes negras luego de un precioso arrebol que alegró la fría tarde santiaguina.

— ¿Qué pasó? ¿Qué vas a decirme? —dijo un poco preocupado.

—Mañana voy a terminar mi historia, incluiré lo del norte, por lo que quiero incluirte como autor por lo que viste— le ofreció desinteresadamente.

—No entiendo— dijo el joven fingiendo no saber nada con respecto al norte.

—Sé lo de los carabineros, sé que resguardan el lugar y sé que te pidieron irte, y que incluso algunos te espían— le dijo, al cronista no le quedó de otra que confesar lo que vio y le dijeron.

— ¿Entiendes que arriesgo mucho si sale mi nombre? No me incluyas, lo perdería todo y ya le dije al jefe que no vi nada.

—Eso se puede arreglar, pero ¿No crees que la gente debiera saber lo que viste y cómo se protegen estas mentiras?

—No creo, a la gente no le importaría ese lugar, sea parte de una fake news o sea realmente un pueblo abandonado del siglo pasado.

—Te entiendo, pero yo tomaría el riesgo, hay mucho en juego.

—Como todo en este trabajo— dijo el joven.

— ¿Entonces?

—Hagamos que se sepa, pero no a través del diario— sugirió el cronista.

Pasaron los meses desde ese encuentro en el techo, el joven y prometedor cronista ya no trabajaba en el diario, luego de que su jefe se enterara de lo ocurrido, pero no lo difundieron, se acordó a puertas cerradas, para la suerte del joven Esmeralda no fue el único pueblo fantasma falso encontrado en el país, se encontró una casona patrimonial falsa en Valparaíso, un museo de historia natural en Punta Arenas e incluso un abandonado recinto deportivo en La Serena, todas fachadas creadas para que reporteros cayeran bajo la trampa de los congresistas.

El cronista se fue a otro país, a veces llamaba por un número privado a Javiera para saber como estaba, ella seguía trabajando en el diario y adquirió notoriedad al descubrir nuevas aristas en el caso de las noticias falsas, donde los involucrados ya están enfrentando la justicia, por lo que el joven podría volver y contar lo ocurrido sin temer por él ni por Alex en Iquique.

Javiera le mandó un enlace de Google Drive para que empezaran a escribir, el joven abrió el notebook y notó que ya tenía un título:

ESMERALDA: EL FALSO PUEBLO FANTASMA

En la carpeta había una foto en ella salía Javiera con letrero de Esmeralda a sus espaldas, llevaba un jockey y lentes de sol, de pronto un mensaje le llegó al joven, era ella.

TE ESPERO.